



Algunos de los firmantes del manifiesto 'Libres e iguals', como Azúa o Vargas Llosa, son sujeto de la crítica de Sánchez-Cuenca DANI DUCH

Polémica El libro del que más se habla estos días en círculos intelectuales españoles. El autor carga contra consagrados como Savater, Azúa, Muñoz Molina o Vargas Llosa. Y cuestiona argumentos contra el independentismo

Reyes desnudos

JORDI AMAT

Tras las elecciones generales del 2011, las que dieron la mayoría absoluta al Partido Popular y condenaron el zapaterismo al desván del descrédito, Ignacio Sánchez-Cuenca (Valencia, 1966) publicó en *El País* un artículo titulado "Literatura y política". Denunciaba la pachorra de un par de vacas sagradas de la opinión política: el neoliberal Mario Vargas Llosa y el neocasposo Félix de Azúa. Naturalmente hubo polémica. La misma, ampliada, que provoca este libro que ya va por la cuarta edición.

Con *La desfachatez intelectual* el profesor Sánchez-Cuenca está consiguiendo el que intuyo debía su princi-

pal propósito. Todo el mundo está hablando por todas partes de este libro de crítica intelectual oxigenante, en ocasiones arbitrario y en algún caso incluso torticero. Todos hablan bien o hablan mal, pero se discute y la polémica no cesa. Objetivo cumplido: activar el debate. Un debate sobre el estado del género de la opinión y, más concretamente, sobre la opinión política elaborada desde hace unos años por hombres de letras que han sido medulares en la fundamentación de la cultura de la democracia. Ellos son los protagonistas de este libro que pivota entre el ensayo, el alegato y el panfleto, y un cierto *totum revolutum*. Aparecen desnudos, con arrugas y

desplantes toreros, y el autor, como el niño del apólogo, los señala. No con ingenuidad sino con dureza. Y así contemplamos, además de las citadas, también algunas vergüenzas de Fernando Savater o el Muñoz Molina de *Todo lo que era sólido*.

Aquel artículo se cerraba con esta larga pregunta: "¿Es una aspiración desmedida acabar con la retórica de la contundencia, eliminar el matonismo verbal y reclamar argumentos y datos como materiales básicos del debate político?". Su pertinencia la refuerza este libro mostrando otra vez la frivolidad o desinformación revestida de moralidad con la que en demasiadas ocasiones dichos intelectuales

han opinado. El caso más evidente afecta a la cuestión nacional. Con una claridad e independencia de posición que ojalá demostrasen nuestros orgánicos del independentismo, Sánchez-Cuenca pone en evidencia la falta de rigor de los argumentos aducidos una y otra vez para deslegitimar el movimiento soberanista. No es que se haya pasado de bando. No. No cae en la dinámica tóxica del estáis conmigo o contra mí. Simplemente evidencia lo endeble de una argumentación cuyo error de partida, convertido en verdad absoluta en tiempos del aznarrato, ha sido equiparar nacionalismo con violencia, populismo o antidemocracia. De la misma manera problematiza con rigor las soluciones que para España han formulado reformistas liberales como César Molinas (lo elogí aquí) o Luis Garicano. No es que sean malas. Enunciarlas es fácil (demasiadas veces sin contrastarlas), pero más complejo es reflexionar sobre la posibilidad de implementarlas.

El libro, decía, oxigena. Actúa como una bocanada de aire sano en un debate viciado y castizamente faltón. Pero el oxígeno se está transformando, para bien y para mal, en material inflamable. Leído en los tensos debates ideológicos del presente y la actual batalla por la hegemonía, aporta también su buena dosis de gasolina para seguir alimentando el fuego de la ruptura miope con el paradigma intelectual del progresismo oficial. Dicho con otras palabras, ahora que la revisión de la transición no afecta sólo a los actores políticos del cambio ambiguo sino también a los mandarines que diseñaron su modelo cultural (los intelectuales de Prisa serían su paradigma), *La desfachatez intelectual* se usará como arma de combate. Y, como dijo un sabio antiguo, la verdad es la primera víctima de la guerra. |

Ignacio Sánchez-Cuenca
La desfachatez intelectual. Escritores e intelectuales ante la política

CATARATA, 221 PÁGINAS, 17,50 EUROS

Investigación

Expediente de censura

PERE GUIXÀ

La prohibición de libros en catalán fue absoluta tras la guerra. Luego, hacia el 45, hubo una mínima tolerancia con determinados libros religiosos y más tarde hacia los clásicos. No fue hasta los años sesenta que se produjo una cierta apertura, pero la censura, por consulta voluntaria, era igualmente represiva. La censura en el sector editorial catalán duró hasta unos siete años después de la muerte de Franco.

El tema se ha estudiado mucho, cada vez hay más archivos abiertos,

más curiosidad por lo grotesco. Este libro reúne diez estudios alrededor del tema. Massot i Muntaner, editor ya durante el tardofranquismo, explica las arbitrariedades con las que había que contar, el juego de sobreentendidos inacabable, mientras que Mireia Sopena trata la censura eclesiástica. Varios ensayos se ocupan de la revista *Oriflamma*, la vigatana *Inquietud...* El estudio de la colección Isard, de ediciones Vergara, versa sobre las traducciones de Huxley.

La mayoría de artículos se cen-

tran en las traducciones de narrativas a partir de los años sesenta, momento de vigor en la cultura catalana. Club dels Novel·listes, A Tot Vent... todas las colecciones importantes son revisadas, observadas por medio de los expedientes censores. Sobre El Balanci, sondeada por Jané-Lligué, se cuenta el retraso de muchos libros enviados a consulta, a menudo metidos en laberintos burocráticos. Grass o Brecht tuvieron muchos problemas.

La poesía siempre fue un poco más tolerada, el teatro tuvo especificidades que cambiaron con el tiempo. Se explica el caso concreto de la traducción de *La mort de Danton*, de Büchner, y especialmente valiosa es la comparación de los clásicos del feminismo *La mística de la feminitat* de Betty Friedan y *El sexo de Beauvoir*. El segundo

tuvo muchas trabas, mientras que el primero, al representar la posición liberal norteamericana, fue tolerado dentro de los cauces administrativos.

Salvaguardar unos determinados principios del régimen era el objetivo. Hubo la voluntad de laminar la cultura catalana o, al considerarse esto complicado incluso en la primera postguerra, convertirla en una expresión folklórica y nostálgica. El campo de las traducciones recibió su parte. Se toleró a duras penas cuando expresaba alguna realidad ajena a la española, iba dirigido a un público muy especializado o el éxito masivo de un autor era imposible de bloquear. |

Traducció i censura en el franquisme
PUBLICACIONS DE L'ABADIA DE MONTSERRAT, EDICIÓ DE LAURA VILARDELL, 187 PÁGINAS, 13 EUROS